

LA PERCEPCIÓN DEL IRÁN ANTIGUO Y CONTEMPORÁNEO EN LA OBRA DE LOS VIAJEROS ESPAÑOLES DE LOS SIGLOS XVII Y XIX

Joaquín María Córdoba Zoilo
Universidad Autónoma de Madrid

*En memoria de Nuzi, temprano viajero al gran azul,
al que valiente partió primero abriéndonos la ruta.*

El 4 de octubre de 1879, fechándolas en Mogador, escribía Adolfo Rivadeneyra (1841-1882) sus reflexiones finales sobre lo que Irán y sus gentes le habían sugerido en el curso de la estancia y viaje que allí le situó entre 1874 y 1875 (A. Rivadeneyra, 1880, III, 361-383). Y una de las más curiosas observaciones es su convicción de que el pueblo iranio de su época se sabía y sentía heredero de los pueblos iranios del I milenio a.C., lo que podía comprobarse considerando la lengua, la historia, las costumbres y la cultura en general (A. Rivadeneyra, 1880, III, 372). El cónsul español, que conocía bien el sánscrito y el persa moderno, tenía razones para percibir esa constatable realidad en los persas de su época, que además de con tal sentimiento fundado de continuidad, se sentían y decían distintos a otras comunidades de Oriente. Sin embargo, el reduccionismo orientalista de entonces – en la vertiente criticada por E. W. Said (1990: 1996) – tendía a confundirlo todo en un solo mundo, su Oriente recreado y falsificado. Pero Rivadeneyra, excelente arabista también, sabía que al igual que los iranios, los egipcios, sirios, iraquíes u omaníes se veían y decían muy distintos entre sí. Por eso un buen viajero – y el cónsul español lo era – entendía que el viaje a Oriente era, en realidad, el viaje a muchos Orientes. Y uno de ellos sin duda, el más lejano, Irán.

1. EL VIAJE A LOS ORIENTES POSIBLES: LOS ESPAÑOLES Y EL VIAJE A IRÁN

Las motivaciones para emprender un viaje a Oriente en los pasados siglos fueron siempre muy distintas, aunque el testimonio que de tales empresas quedara nos permita entrever razones dominantes en una u otra época. Peregrinos medievales, aventureros, mercenarios y diplomáticos en el XVII y XVIII, aventureros también, anticuarios y estudiosos en el XIX. Pero lo cierto es que casi siempre hubo un poco de todo en todos. Los sentimientos religiosos y la tradición bíblica convertían a Oriente en tierra de peregrinación – los “santos lugares” –, pero Palestina resultaba pronto pequeña para espíritus inquietos, y las preguntas sobre la Nínive de Jonás, la montaña del arca de Noé, la torre de Babilonia o la patria de Abraham despertaban – o justificaban – el anhelo de partir, de cruzar el desierto y el Eufrates, de adentrarse en el corazón del Islam. Sin embargo, como al este del Tigris se agotaban las referencias bíblicas, las motivaciones de los que eligieron esa ruta debieron ser otras. Y su espíritu de aventura mayor aún. Porque más allá se encontraba la compacta inmensidad del Irán.

La historia de los viajeros europeos en Oriente es relativamente bien conocida, sobre todo por lo que afecta a su condición de pioneros en el redescubrimiento de las antiguas culturas mesopotámicas (A. Parrot, 1946; S. Lloyd, 1980). Por el contrario, la reflexión sobre los viajeros a Irán y su papel en la redefinición de la antigüedad irania se ha comenzado a sistematizar no hace demasiado (H. Sancisi-Weerdenburg, J. W. Drijvers, 1991). Las figuras de Odorico de Pordenone – que citaría el lugar de Persépolis en su trayecto hacia China en 1318 – o el embajador veneciano Josafat Bárbaro, que en 1474 haría la primera descripción del lugar admirándolo, pero sin sospechar lo que pudiera

ser (H. Sancisi-Weerdenburg, J. W. Drijvers, 1991, 3-4), se presentan como las más tempranas de los viajeros por Irán. Pero entonces y luego, como es lógico, muchos más emprenderían el viaje a Irán, como Pietro della Valle (Viaggi, Bologna 1672), Thomas Herbert (A Relation, London 1634), Jean Chardin (Voyages, Amsterdam 1735), Jean-François Tavernier (Les six voyages, París 1679), Engelbert Kämpfer (Die Reisetagebücher, Wiesbaden 1968), Cornelis de Bruijn (Reizen, Amsterdam 1711), Carsten Niebuhr (Reisebeschreibung, Copenhagen 1778) y bastantes más recordados por Heleen Sancisi-Weerdenburg (1991). Pero en la obra de referencia, la orientación preferente sobre las referencias habidas a Persépolis acaso explique la omisión de algunos nombres decisivos en la literatura de viajes por Irán, si bien resulta chocante la misma carencia en el conjunto de los trabajos publicados para poner en común la información referente a éste tema. La ausencia de los viajeros españoles es una de las más llamativas. La autora cita, ciertamente, un español y viajero esencial en el redescubrimiento de Irán, Don García de Silva y Figueroa (H. Sancisi -Weerdenburg, H. J. Drijvers, 1991, 5-6). Pero el problema es que de la relación escrita por el embajador de Felipe III sólo se refiere a la muy incompleta versión francesa de A. de Wicquefort, publicada en París en 1667, desconociendo por tanto la completa y prologada de Manuel Serrano y Sanz, publicada en 1903 y a cargo de la Sociedad de Bibliófilos Españoles. Aunque señala algunos puntos interesantes, lo cierto es que en absoluto destaca ni valora la importancia del libro del español, algo así como si no terminara de creérselo.

Las omisiones y el tono incrédulo indicado es patrimonio común en otras obras de referencia sobre el viaje y los viajeros a Oriente. Sin embargo, a poco que realicemos un análisis detenido, nos convenceremos del interés que muchos de estos viajeros españoles olvidados tienen en el conjunto de la tradición. Dejando aparte la larga serie de viajeros y peregrinos a la Palestina cristiana, llevados por sus solas convicciones religiosas – que legión fueron en los siglos XVI y XVII (Joseph R. Jones, Madrid 1998), y más aún en los siglos XVIII y XIX (Carlos García-Romeral Pérez, 1997 y 1995) –, hermanados por creencias y cultura con los otros muchos peregrinos europeos de sus siglos, el viaje a Oriente e Irán en sentido amplio ocupó también a bastantes viajeros españoles, autores a su vez de libros y reflexiones que no desmerecen en nada de las de otros autores mencionados hasta la saciedad (J. M. Córdoba, 1998). Esta reflexión sobre algunos viajeros españoles de los siglos XVII y XIX estriba en las siguientes razones: porque existen en primer lugar – aunque se ignoren –, también porque no pocos de ellos fueron autores de obras muy importantes, aunque no muy conocidas: y en tercer lugar, porque de la lectura de sus libros y la comparación con otros viajeros estimo que, como españoles, poseían una percepción propia del remoto pasado del Irán y de su presente, que si por un lado era singular por su marcado respeto a los rasgos propios del país visitado y por la admiración que el pasado despierta en ellos, por otro denotan compartir un espíritu que señala su lógica participación en la mentalidad y la ideología europea de su siglo. En fin, la preferencia por el XVII y el XIX la hago en función de dos elementos: porque en ellos se sitúa la vida y la obra de dos de los más interesantes viajeros españoles a Irán por un lado – Don García de Silva y Figueroa y Adolfo Rivadeneyra respectivamente –, y porque ambas épocas señalan momentos distintos en los sentimientos que los europeos han experimentado en su visión de los Orientes posibles e Irán, fácilmente perceptible en las páginas de sus relaciones.

2. VIAJEROS TEMPRANOS

Medievales fueron los antecesores primeros de los viajeros españoles a Irán de los siglos XVII y XIX. Y entre todos hay que destacar a dos de ellos: Benjamín de Tudela –

peregrino por Oriente en el siglo XII – y Ruy González de Clavijo, embajador de Enrique III de Castilla ante Tamerlán a comienzos del siglo XV. El primero, autor del más temprano libro de la literatura de viajes: el segundo, de uno de los textos más interesantes de los que del viaje “en demanda del Gran Jan” se leyeron en Europa.

La persona y circunstancias del viaje de Benjamín de Tudela son bien conocidas (I. González Llubera, 1918; J. R. Magdalena Nom de Déu, 1989; A. Antelo Iglesias, 1991). Rabino de una comunidad judía navarra, emprendió en 1165 o comienzos de 1166 (J. R. Magdalena, 1989, 44) un largo viaje motivado por el deseo de visitar a sus hermanos en la fe y acaso también, por puros intereses mercantiles. Pues como se ha señalado, tres son los aspectos fundamentales presentes en su relación: la situación de los judíos, el conocimiento de las grandes líneas políticas en y entre las naciones cristianas e islámicas, y la constatación de las rutas comerciales, los centros mercantiles y los núcleos artesanales (J. R. Magdalena, 1989, 24-25). Desde Navarra pasó al Reino de Aragón. Embarcó luego en Marsella, recalando en varios puntos de Italia hasta Otranto, pasando luego a Corfú, Constantinopla y Palestina. Ya en Oriente visitó Damasco, Aleppo y Raqqa en Siria, y en Iraq, tras Mosul llegaría a Bagdad y quizás Basra, en todo caso puntos éstos los más extremos de su viaje, según la mayoría de los comentaristas (I. González Llubera, 1918, 27; J. R. Magdalena, 1989, 27), aunque también hablara – pero con mucho menor realismo, probablemente por hacerlo de oídas –, de ciertos lugares de Irán, Ceylán e incluso China. Indirectamente pues, en sus páginas hallamos sin embargo mención primera del Juzistán y Susa – capital que fue, dice, del rey Asuero –, de Nahavand y de los fieles ħašišin, o de lugares como Hamadán, Isfahán o Shiraz, pero sin casi aportar datos de interés (J. R. Magdalena, 1989, 101-110), salvo anécdotas que interesaban sólo a los judíos.

Un siglo después de que Jaime II de Aragón enviara a Ghazán Jan, monarca mongol de Irán, una embajada en busca de alianza (L. Litvak, 1987, 19; D. Morgan, 1990, 186), remitiría Don Enrique III de Castilla otra a Tamerlán, integrada por Ruy González de Clavijo, camarero del rey, fray Alonso Pérez de Santamaría, Gómez de Salazar, Alfonso Fernández Mesa y otros servidores. Salieron de Puerto de Santa María el 21 de mayo de 1403. La vuelta se haría por San Lucar, “domingo primero de marzo” de 1406 (R. G. de Clavijo, 1984, 257; 1999, 357)(fig. 1). Desde España a Samarcanda, los embajadores navegaron tocando varios puertos, hasta Constantinopla – donde residieron un tiempo y admiraron la ciudad – para continuar luego hasta Trebisonda, y ya por tierra, Sultaniya, Teherán, Samarcanda. Primer libro de viajes de la literatura española (R. González de Clavijo, 1984, VII; 1999, 10), su tono y comentarios no defraudan en absoluto. A él se deben las primeras descripciones de las montañas de Irán, sus nieves eternas – como en Tauris-Tabriz –, la riqueza y buena ordenación de los cultivos, la belleza de los edificios de Tabriz, Sultaniya – “donde viene mucho aljófar y piedra de precio” – y Teherán, “lugar bien deleitoso y abastecido” (R. González de Clavijo, 1984, 124-140; 1999, 215). Entre los libros de su siglo, el de Ruy González de Clavijo es excelente, además de contar con el interés suplementario de referirse a las regiones septentrionales, mucho menos visitadas que las cercanas a Mesopotamia. Como pioneros, él y Benjamín de Tudela anuncian con el vigor de sus personas, su viaje y sus relatos, el paso y las obras de los viajeros españoles de los siglos XVII y XIX.

3. VIAJEROS ESPAÑOLES EN IRÁN DURANTE EL SIGLO XVII: DON GARCÍA DE SILVA Y FIGUEROA

A comienzos del siglo XVII, las monarquías habsbúrgicas de Madrid y Viena constituían el núcleo más poderoso de Europa; pero el rey de España, como diría en cierta

ocasión el shah Abbás era además “el mayor de los francos”. Por encima de análisis más precisos realizados a posteriori, los contemporáneos españoles así lo sentían: pero la supuesta soberbia arrogante, un especial y puntilloso sentido del honor y una reputada predisposición para la guerra, fueron más estereotipos aplicados por los críticos que rasgos comunes a la población. Así se entiende lo mal que soportaron Don Cleofás y el Diablo Cojuelo las burlas extranjeras en la taberna (Luis Vélez de Guevara, 1641). Pero en su mirada hacia Oriente, España y los demás países de Europa se sentían todavía lejos de los sentimientos nacidos en el XIX. La superioridad en el desarrollo tecnológico, particularmente en la fabricación y uso de las armas de fuego (G. Parker, 1990, 173) y en la dirección de la guerra era todavía relativa, y en todo caso estaba lejos todavía de poder reforzar presunción alguna de superioridad. El único consuelo posible era sentirse fieles de la verdadera fe – considerando infieles a los opuestos orientales –, aunque la misma estimación tuvieran los orientales para con los europeos. Por ello quizás en parte, los libros de viaje de entonces suelen estar faltos de juicios peyorativos, aunque el interés y la calidad de las observaciones estén en relación directa con la categoría intelectual y humana de su autor.

En el curso del siglo XVII, los montes y mesetas iraníes fueron recorridas por no pocos viajeros españoles (F. Escribano, 1999). Los más de ellos firmarían interesantes relaciones, y de varios se impone el recuerdo. En 1600 llegó a Madrid la primera embajada remitida por el shah Abbas el Grande (1588-1629), el más ilustre monarca de la dinastía safávida, al decir de A. Rivadeneyra, “uno de esos grandes reyes que constituyen el orgullo de un pueblo” (A. Rivadeneyra, 1880, I, 7). Felipe III contestó a la misma con otra integrada por tres religiosos agustinos, fray Antonio de Gobeia, fray Jerónimo de la Cruz y fray Cristóbal del Espíritu Santo. Los tres pasaron por Mascate (Omán), Shiraz y otros sitios hasta encontrarse con el shah el 4 de septiembre de 1602: el objetivo, combatir entre ambas potencias a los turcos. Y así se haría. En correspondencia, el shah envió a su vez nuevos embajadores, tres de los cuales se convirtieron al catolicismo en Valladolid, y uno de ellos escribiría de su vida y la historia de Persia en ochocientos versos castellanos, publicados en la misma ciudad (A. Rivadeneyra, 1880, I, 9; L. Litvak, 1987, 20).

Por aquellos años hemos de situar en Irán al infatigable viajero portugués Pedro Teixeira, activo en Goa, Omán, Irán – en 1597 en Mazandarán, en el norte (E. Barajas Salas, 1994, XVII –, Malaca, Filipinas, Nueva España, India y Mesopotamia, para acabar sus días en Amberes, tras publicar allí y en español, sus “Relaciones”. Soldado, comerciante, aventurero, gran lector y aficionado a la farmacología, tolerante, escritor de una historia de Persia y narrador de su viaje desde Hormuz hasta Italia, seguido por el Golfo Pérsico y Mesopotamia. Interesado sobre todo por la geografía, la naturaleza, la historia y las costumbres, su libro está lleno de valiosas observaciones. Su inclusión en esta reseña no es sólo porque escribiera su libro en español, o porque entonces Portugal y España compartieran un mismo destino, sino porque como señala F. Barajas Salas, su iberismo, su conciencia de ser hispano, hablando de España y los españoles como “nuestro” (F. Barajas Salas, 1994, XX) justifican su recuerdo.

Algunos años después de la segunda misión diplomática persa, una nueva embajada suscitada por la escasa actividad española contra los turcos motivaría el despacho de la más interesante de todas, la que dirigida por Don García de Silva y Figueroa salió de Lisboa el 8 de abril de 1614. Y en la segunda mitad del siglo quedaría por situar la persona y la obra de otro de nuestros viajeros en Irán, Pedro Cubero Sebastián (figs. 3 y 4), sacerdote, que en el transcurso de sus viajes daría por vez primera la vuelta al mundo, por tierra y en dirección inversa a la habitual (P. Cubero Sebastián, 1993, V y VI), cruzando Irán desde las costas del Caspio hasta Bandar Abbas, donde se embarcaría para Goa. Los comentarios vertidos en su libro resultan ágiles y atentos: de Isfahán dice que es

“una de las más bellas ciudades del Oriente, aunque entre ellas entre Constantinopla” (P. Cubero Sebastián, 1993, 217), y pasando por Persépolis y Pasargada reflexiona sobre la verdadera localización de Persépolis, que considera con más fundamento en Chilminar, o el monumento “donde cuentan los antiguos haber estado el sepulcro de Ciro” (P. Cubero Sebastián, 1993, 224, 226). Su fantástico libro – que incluye sus viajes por Europa hasta Rusia, Irán, la India, Ceylan, Filipinas, Molucas y Nueva España – se publicaría en Nápoles en 1682. Pero con ser tan ameno, el libro y la persona de Pedro Cubero palidece ante la del viajero español por excelencia de este siglo: Don García de Silva y Figueroa.

Nacido el 20 de febrero de 1551, Don García fue paje de Felipe II, geógrafo notable, soldado y capitán en Flandes, gobernador de Extremadura y Secretario de Estado. En 1613 y en El Escorial, Felipe III le encomienda encabezar la embajada que remite al shah Abbas, dándole una carta personal e instrucciones detalladas, así como una enorme cantidad de regalos para el monarca safávida. Como queda dicho saldría de Lisboa el 8 de abril de 1614, recalando en Goa el 6 de noviembre del mismo año, tras un viaje mortal. Hasta marzo de 1617 no podría continuar su ruta, y hasta el 12 de octubre del mismo año no podría desembarcar en Irán. Luego, tras un viaje lleno de interés, en el que siguió tomando nota de cuanto llamaba su atención y veía, se entrevistaría con el shah, y cumplida su misión volvería a Goa, a la que habría de llegar el 19 de octubre de 1619. Sobre el detalle de su vida y viaje se han escrito ya varios comentarios y ediciones del texto (M. Serrano Sanz, 1903; C. Alonso, 1993; J. M. Córdoba, 1994)(fig. 2). Pero no está de más insistir sobre la enorme calidad de su libro – que es una verdadera pieza literaria – y por la riqueza de su contenido, que sin abuso de referencias permite calibrar la rica formación clásica del autor, que siguiendo a César – al decir de M. Serrano y Sanz (1903, I. VIII) –, escribió en tercera persona sus “Comentarios a la embajada ...”. Ameno, distraído, ordenado en la exposición, el libro del embajador español responde al espíritu y los valores de los mejores de su época. Sobresale entre muchos otros viajeros de cualquier época, por su carácter abierto y comprensivo de las diferencias, los usos e incluso las prácticas religiosas de aquel mundo que respeta y entiende en su peculiaridad. Con razón recordaría de él Adolfo Rivadeneyra que “demuestra un tacto especial en sus relaciones con los orientales, gran juicio y mayor talento de observación, como lo prueba el haber adivinado que los escritos cuneiformes constituían caracteres de un idioma, y no dibujos, como hasta entonces creyeron los demás” (A. Rivadeneyra, 1880, I. 13). Hombre de su época y de la España y Europa de entonces, está muy lejos de considerarse superior a sus contemporáneos persas, ni por cultura, riqueza o creencias. Pues hasta su profunda fe católica – en la época de la Contrarreforma –, se compagina bien con el respeto al Islam en la vertiente chiíta, y el interés que sus prácticas y ritos le merecen. Pero dos núcleos de atención creo que ponen de eficaz relieve la personalidad del viajero y la peculiaridad de su percepción del pasado iranio y el presente que vivió: su estimación de las ruinas antiguas y su observación de las costumbres de la época.

Vaya por delante que como ya comienza a asentarse en la más variada bibliografía (A. Robinson, 1996, 72), Don García de Silva fue el primero en identificar las ruinas de Chilminara con Persépolis, y hacerlo no por intuición fortuita, sino mediante la inspección detallada, la consideración de la naturaleza y calidad de los materiales usados en la construcción o el bajo relieve, la toma de medidas y dibujos y el comentario razonado de las ruinas y relieves, la visita a las tumbas reales cercanas y la comparación de todo ello con los indicios presentes en las fuentes clásicas que tan profundamente conocía y usaba, particularmente Diodoro de Sicilia. En el curso de sus páginas, la descripción se hace siguiendo el sentido de lo que fue su visita, describiendo la terraza de “piedras de marmor, quadradas, de maravillosa grandeza”, las “hermosas escaleras para subir al plano de arriba”, donde describe los colosos de la puerta, la perfección de las columnas, los

relieves, ventanas talladas y puertas, señalando la perfección del pulido de las piedras la anécdota de su perro, irritado contra su propia imagen reflejada (Don García de Silva, 1903, I.381). Por si fuera poco en fin, atento a los detalles, notó la existencia de inscripciones extrañas, separándolas de otras pequeñas en letras “arábigas, armenias, indianas y caldeas ... que bien claro se echava de ver averse scripto en diferentes siglos y edades por las naciones que concurrían a ver estas milagrosas memorias” (Don García de Silva, 1903, I.388). Y porque las extrañas eran las que él consideraba las propias del edificio, mandó copiarlas “al mismo pintor que dibuxó las imagines”, unas letras “cavadas y labradas muy hondas en la piedra, compuestas todas de pirámides pequeñas puestas en diferentes formas, de manera que distintamente se diferenciava el un character del otro” (Don García de Silva, 1903, I. 388-89). Era entonces abril de 1618, la primera vez que se verificaba que el sistema de cuñas no era un elemento ornamental, sino una escritura.

Y sobre las costumbres a las que tuvo acceso en su larga estancia en Irán, llaman la atención por ejemplo su consideración de las ceremonias chiítas en el aniversario de la muerte de Hussein, o las observaciones sobre el traje de los persas, su música, su carnaval y las fiestas de Isfahán. De la primera considera la atención y recogimiento de los fieles en el sermón de la mezquita (Don García de Silva, 1903, II. 346) y otros detalles: de lo demás, la música le parece “sin consonancia” (Don García de Silva, 1903, I. 296), los trajes y tocados más atractivos que los “turquescos” (Don García de Silva, 1903, I. 360-361) y las fiestas de Isfahán sorprendentes (Don García de Silva, 1903, II. 398). A todo estaba atento, todo lo anota, y lo que no le gusta se abstiene de considerarlo salvaje o despreciable.

Este viejo soldado, viajero y filósofo, moriría en el viaje de vuelta en alta mar, sin poder volver a una patria por la que tanto suspiraba. Una nota posterior hecha en una copia manuscrita e incompleta del siglo XVII, conservada en la Biblioteca Nacional – al igual que el supuesto original y completo – dice que murió del mal de Loanda el 22 de julio de 1624, a las ocho horas de la noche. “Hecharon (sic) su cuerpo a la mar, en un caxón cargado de piedras, y andó (sic) en calmerías alrededor de la nao dos días”.

4. VIAJEROS ESPAÑOLES EN IRÁN DURANTE EL SIGLO XIX: ADOLFO RIVADENEYRA

Durante el siglo XVIII, las viejas relaciones amistosas entre Irán y España se fueron perdiendo, porque los intereses que las habían trabado dejaron de existir. España y el mundo empezaban a ser distintos. Y entrado ya el XIX, Europa comenzó a desarrollarse velozmente al compás del maquinismo, la industrialización y la expansión del colonialismo. Los avances tecnológicos se tradujeron en una ineluctable superioridad militar de Occidente sobre Oriente (G. Parker, 1990), y obtenida ésta, en una extendida presunción de superioridad cultural e incluso racial. La feroz competencia franco-británica en Africa y Asia se trasladaría también a los territorios del debilitado imperio turco, y cónsules, representantes comerciales y muchos viajeros terminaron comulgando con el espíritu de esa época, trastocando la emoción del descubrimiento de lo desconocido por la conmiseración o el desprecio hacia las costumbres orientales. En aquella época se definieron los estereotipos decadentes atribuidos a todo lo oriental (E. W. Said, 1990), y los prejuicios culturales y raciales que formarían la esencia del imperialismo (E. W. Said, 1996). Y el Irán además, que pretendió defender su independencia a toda costa, se convertiría en territorio disputado entre Rusia e Inglaterra, pieza la más codiciada de la gran partida (P. Hopkirk, 1990). Aunque como siempre, no todos los europeos activos en Oriente participaron del mismo espíritu. El británico Claudius James Rich por ejemplo, residente inglés en Bagdad, moriría en 1821 en Shiraz asistiendo a los enfermos del cólera

que contrajo, porque no quiso abandonar a gentes desahuciadas por los suyos (S. Lloyd, 1980, 72). Y su cuerpo reposa hoy en el patio de la catedral armenia de Isfahán.

Escribió Adolfo Rivadeneyra que hubieron de transcurrir casi dos siglos sin que en España volviera a hacerse mención de Persia o de los persas, hasta que en 1814, los amantes del absolutismo invocaran a aquellos en su célebre manifiesto (A. Rivadeneyra, 1880, I. 14). Pero las relaciones diplomáticas – informa el autor – no fueron reanudadas hasta 1842, cuando se firmó en Londres un tratado de amistad y comercio, ratificado en 1872. Sin embargo, las relaciones directas no se emprenderían hasta que el mismo Adolfo Rivadeneyra fuera nombrado vicecónsul en Teherán por el gobierno de la República, y alcanzara la capital el 9 de abril de 1874 (A. Rivadeneyra, 1880, I. 14). En su persona iba a continuar la más que atractiva galería de viajeros españoles por Irán, que en el pasado siglo iba a cerrarse con el naturalista Manuel Martínez de la Escalera, viajero también por Siria. En 1899, un año después de su experiencia levantina, Manuel Martínez y su hermano Fernando llevarían a cabo una interesante campaña entomológica en los Zagros durante casi un año, en el curso de la cual conocieron a los integrantes de la misión francesa de Susa, recorrieron los valles y las cumbres de los montes y terminaron en Isfahán, desde donde emprendieron el viaje de vuelta en septiembre. Pero la dureza de las condiciones de una expedición hecha con escasos medios y nulo apoyo público había de precipitar la muerte de Fernando. Años después, tras otros viajes por Guinea Ecuatorial y Marruecos, Manuel Martínez volvería a Siria, con la meta de recoger una colección de coleópteros (Santos Casado, 1998). Relativamente poco conocido, sus notas sobre el viaje serían publicadas en los Anales de la Sociedad Española de Historia Natural. Epígono pues del viaje a Irán en el siglo XIX, su antecesor en las sendas iránias, Adolfo Rivadeneyra (1841-1882), había ya sido autor entonces de tres nutridos volúmenes que se cuentan entre los mejores de la literatura de viajes por Irán.

Hijo del impresor Manuel Rivadeneyra, Adolfo tuvo una educación cosmopolita y políglota en España, Francia, Bélgica y Alemania. A los veinte años ingresó en el cuerpo consular, y en Beiruth aprendió el árabe a la perfección. Tuvo múltiples destinos y como sobra aquí su reseña biográfica, tan sólo cabe recordar su feliz viaje por el Golfo Pérsico, Iraq y Siria en 1869 – que recogería en otro y excelente libro de viajes (A. Rivadeneyra, 1871; 1988) –, su estudio del sánscrito y rudimentos del acadio con su profesor Francisco García Ayuso, y su activa participación en la Sociedad Geográfica de Madrid y en el Congreso de Exploradores de Africa. Su valor y su genio, su resistencia física y su capacidad de adaptarse a cualquier situación podrían haber hecho de él, en circunstancias distintas, el P. E. Botta o el A. H. Layard español, y de su maestro y amigo Don Francisco García Ayuso, el Jules Oppert o el H. C. Rawlinson de nuestro país (J. M. Córdoba, 1998, 453). Tras cinco meses de estancia en Teherán y aprender el idioma, A. Rivadeneyra decidió llevar a cabo un viaje por todo Irán, con la idea de estudiar sus posibilidades industriales y comerciales, y con la ilusión de visitar los principales lugares arqueológicos. El doble objetivo se vería recogido en su obra (A. Rivadeneyra, 1880)(figs. 5 y 6), cuyas paginas nos permiten analizar también la perspectiva que el autor tuvo sobre Irán, deteniéndonos en sus observaciones sobre los monumentos y en sus referencias a la cultura contemporánea.

La descripción que Rivadeneyra hace de Persépolis sorprende de inmediato por las precisiones geográficas – esperadas en un miembro de la Sociedad Geográfica y explorador –, por el presumible caudal de referencias que el autor posee – aunque recomiende tan solo las obras y dibujos de Robert Ker Porter y Pascal Coste y Eugene Flandin –; y sorprende también por una breve y precisa descripción que incluye medidas, su versión de las inscripciones, un recorrido detenido por las edificaciones y las tumbas reales – que escaló y cuyo interior visitó –, así como por su acertada valoración: “esos

monumentos no se parecen a ninguno: tienen del asirio la arrogancia; del egipcio, la suntuosidad; del griego, la armonía; del iranio, el genio ornamental; resumen el arte de esos pueblos, así como los grandes Reyes resumieron en tan celeberrimas comarcas su incontrastable autoridad” (A. Rivadeneyra, 1880, III. 223). Por estas y otras observaciones hechas a los relieves sasánidas y a muchas otras ruinas y monumentos de Irán – como las inscripciones y relieves de Behistun (A. Rivadeneyra, 1880, II. 89-105) –, notamos el espíritu observador y estudioso que impera en la época, y la admiración sin límites que Rivadeneyra tiene por el pasado iranio.

En tan largo y extendido viaje, que le puso en contacto con toda clase de gentes y costumbres, su mejor presente acaso fuera el vivido en Isfahán. “Nada apunté el primer día, ni el segundo, ni los siguientes; tanto confunden las bellezas que allí se encierran” (A. Rivadeneyra, 1880, III. 259), realizando luego una descripción excelente de la ciudad del shah Abbas el Grande. Y con espíritu interesado y positivo considera la fabricación de alfombras, las costumbres funerarias, los trajes regionales y todo cuanto le llama la atención, y aunque se note en algunos detalles la presunción de que como europeo se encuentra en un nivel de desarrollo cultural más avanzado, no por ello se desprenden en sus comentarios sentimientos de superioridad alguna. De hecho, al final del viaje y en sus reflexiones, aunque desaconseja el comercio con el país como poco beneficioso para España, concluye que prefiere a “la Persia a cualquier otro país del mundo” (A. Rivadeneyra, 1880, III. 365). Para él, los nombres de Zoroastro, Ciro y Ardesir, Firdusí, Sáadi y Hafiz, son elementos poderosos que concurren en la sucesión de los tiempos a la mayor excelencia de la unificación universal, para ilustrar, vigorizar y enaltecer al hombre (A. Rivadeneyra, 1880, III. 383).

5. CONCLUSIÓN

A la vista de cuanto llevamos considerado creo que queda patente la relevancia del número de los viajeros españoles a Irán y la calidad de sus obras. Entre muchos estimables, la persona y los libros de Ruy González de Clavijo, Don García de Silva y Figueroa y Adolfo Rivadeneyra pueden contarse entre lo más significativo de sus épocas respectivas entre los viajeros y la literatura de viajes. Compartiendo con otros viajeros europeos una semejante visión del mundo y los valores propios de su tiempo, los viajeros españoles demuestran sin embargo una percepción que tiende a la comprensión, a la estimación de los valores culturales y a la simpatía por un mundo que se reconoce difícil y distinto. Y desde luego merecen figurar, de manera destacada, en la historia del redescubrimiento de Oriente.

6. BIBLIOGRAFÍA

A. Antelo Iglesias. - Judíos españoles de la Edad de Oro (siglos XI-XII). UNED, Madrid 1991.

S. Casado. - “Rumbo a Oriente con Manuel Martínez de la Escalera” Quercus 151 (1998), 41-45.

J. M. Córdoba. - “Algunas notas sobre Don García de Silva y el descubrimiento del Oriente a comienzos del siglo XVII”. En J. Mangas y J. Alvar (eds.).- Homenaje a José María Blázquez. Ediciones Clásicas, Madrid 1994, vol. I., 353-361.

J. M. Córdoba. - “Del Eufrates y el Tigris a las montañas de Omán. Algunas observaciones

sobre viajes, aventuras e investigaciones españolas en Oriente” Arbor CLXI, 635-636 (1998), 441-463.

P. Cubero Sebastián.- Peregrinación del mundo. Miraguano. Ediciones/Ediciones Polifemo, Madrid 1993.

F. Escribano Martín.- “Embajadas y viajeros hispanos del siglo XVII al Oriente Próximo”, Isimu 2 (1999), 95-115.

C. García - Romeral. - Bio-Bibliografía de viajeros españoles (siglo XIX). Ollero & Ramos Editores, Madrid 1995.

C. García Romeral. - Bio-Bibliografía de viajeros españoles (siglos XVI-XVII). Ollero & Ramos Editores, Madrid 1998.

R. González de Clavijo. - Embajada a Tamerlán. Edición de Ramón Alba. Miraguano Ediciones, Madrid 1984: Embajada a Tamerlán. Edición de Francisco López Estrada, Editorial Castalia, Madrid 1999.

P. Hopkirk. - The Great Game. Oxford 1990

J. R. Jones (ed.).- Viajeros españoles a Tierra Santa (siglos XVI y XVII). Miraguano Ediciones /Ediciones Polifemo, Madrid 1998.

L. Litvak. - Viaje al interior de Persia. El itinerario de Rivadeneyra (1874-1875). Ediciones del Serbal, Barcelona 1987.

S. Lloyd. - Foundations in the Dust. The Story of Mesopotamian Exploration. Thames and Hudson, London 1980.

D. Morgan. - Los mongoles. Alianza Universidad, Madrid 1990.

G. Parker. - La revolución militar. Editorial Crítica, Barcelona 1990.

A. Parrot. - Archéologie mésopotamienne. Les étapes. Editions Albin Michel, Paris 1946.

A.Rivadeneyra.- Viaje de Ceylán a Damasco. Imprenta de Rivadeneyra, Madrid 1871: De Ceylán a Damasco. Laertes, Madrid 1988.

A. Rivadeneyra. - Viaje al interior de Persia, Aribau y Cía., Madrid 1880, 3 volúmenes.

A. Robinson. - Historia de la escritura. Ediciones Destino, Barcelona 1996.

E.W.Said.- Orientalismo. Libertarias, Madrid 1990.

E.W.Said.- Cultura e imperialismo. Anagrama, Barcelona 1996.

H. Sancisi-Weerdenburg, J. W. Drijvers (eds.).- Achaemenid History VII. Through Travellers' Eyes. Nederlands Instituut voor het Nabije Oosten, Leiden 1991.

G. de Silva y Figueroa.- Comentarios de Don García de Silva y Figueroa de la embajada que de parte del rey de España don Felipe III hizo al rey xa Abas de Persia. Edición de M. Serrano Sanz. Sociedad de Bibliófilos Españoles, Madrid 1903: La embajada a Persia de D. García de Silva y Figueroa (1612-1624). Edición de Carlos Alonso. Diputación Provincial de Badajoz, Badajoz 1993.

P. Teixeira. - Relaciones de Pedro Teixeira. Edición de Eduardo Barajas Sala. Miraguano Ediciones/Ediciones Polifemo, Madrid 1994.

B. de Tudela.- Viajes de Benjamín de Tudela. Edición de I.González Llubera. Sanz Calleja, Madrid 1918.

B. de Tudela.- Libro de viajes de Benjamín de Tudela. Edición de J. R. Magdalena Nom de Deu. Riopiedras Ediciones, Barcelona 1989.

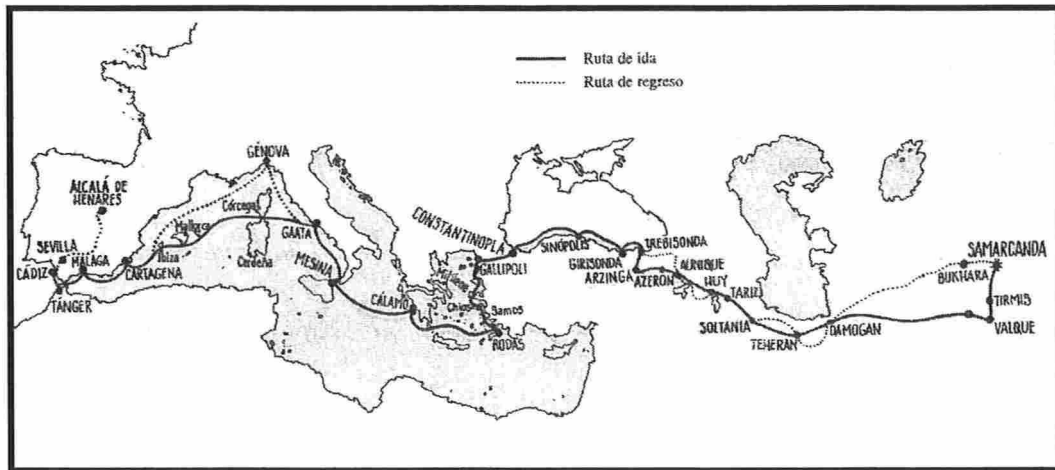


Fig. 1. Rutas del viaje seguido por Ruy González de Clavijo y sus compañeros.
(Según F. López Estrada, 1999, 81).

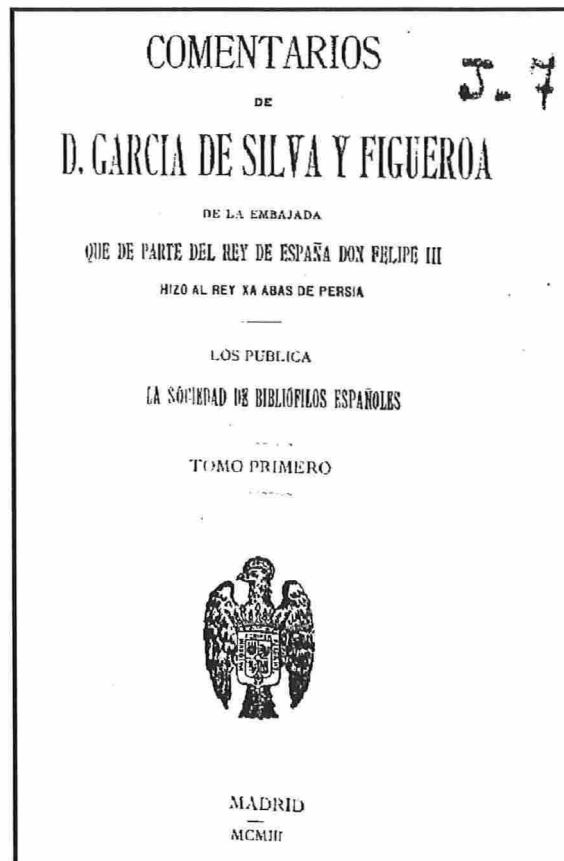


Fig. 2. Portada interior de la primera edición en español del libros de viaje de Don García de Silva y Figueroa.

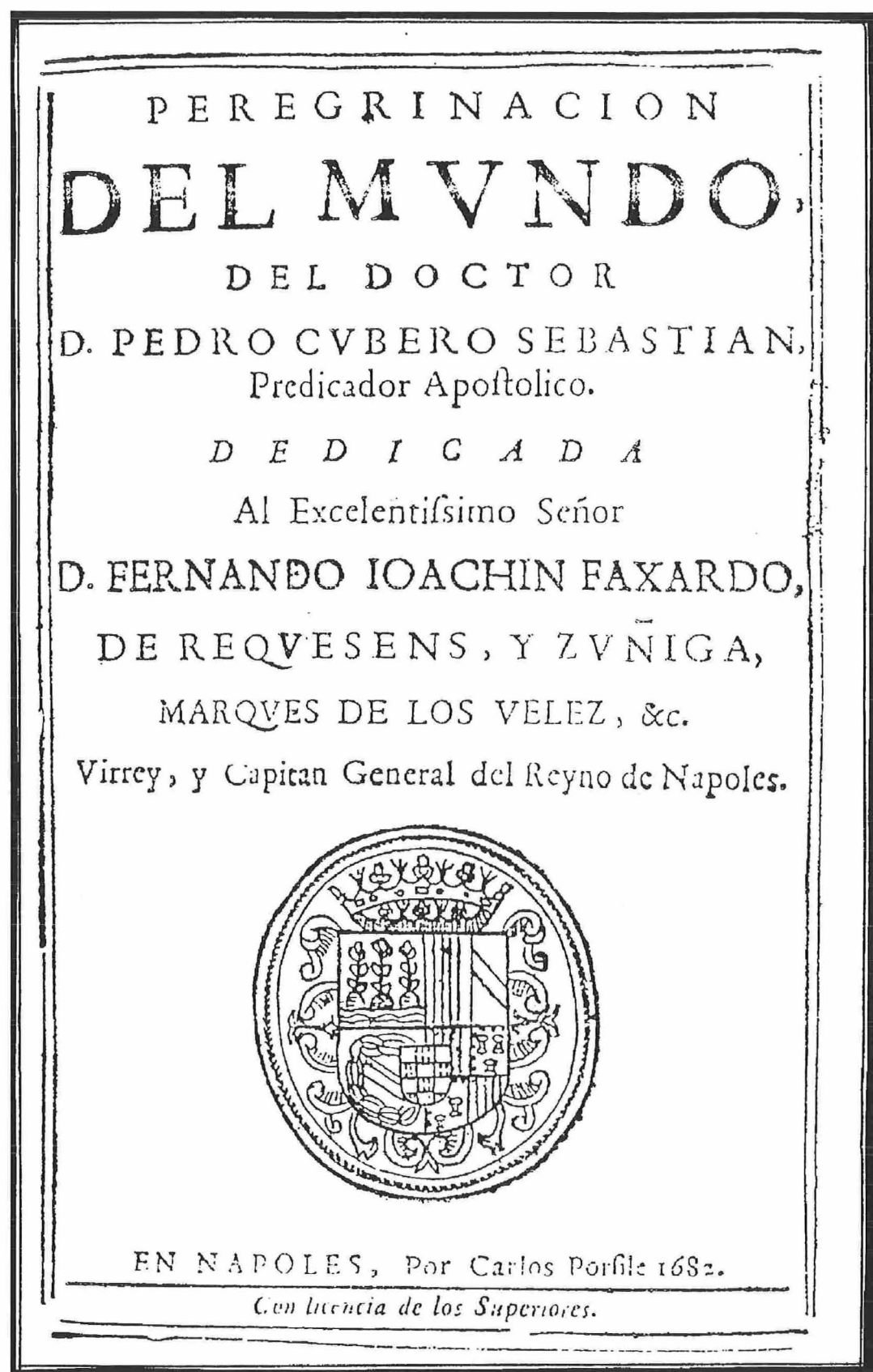


Fig. 3. Portada de la edición del libro de Pedro Cubero Sebastián (1682).



Fig. 4. Grabado con el retrato de Pedro Cubero incluido en la edición de Nápoles, 1682.

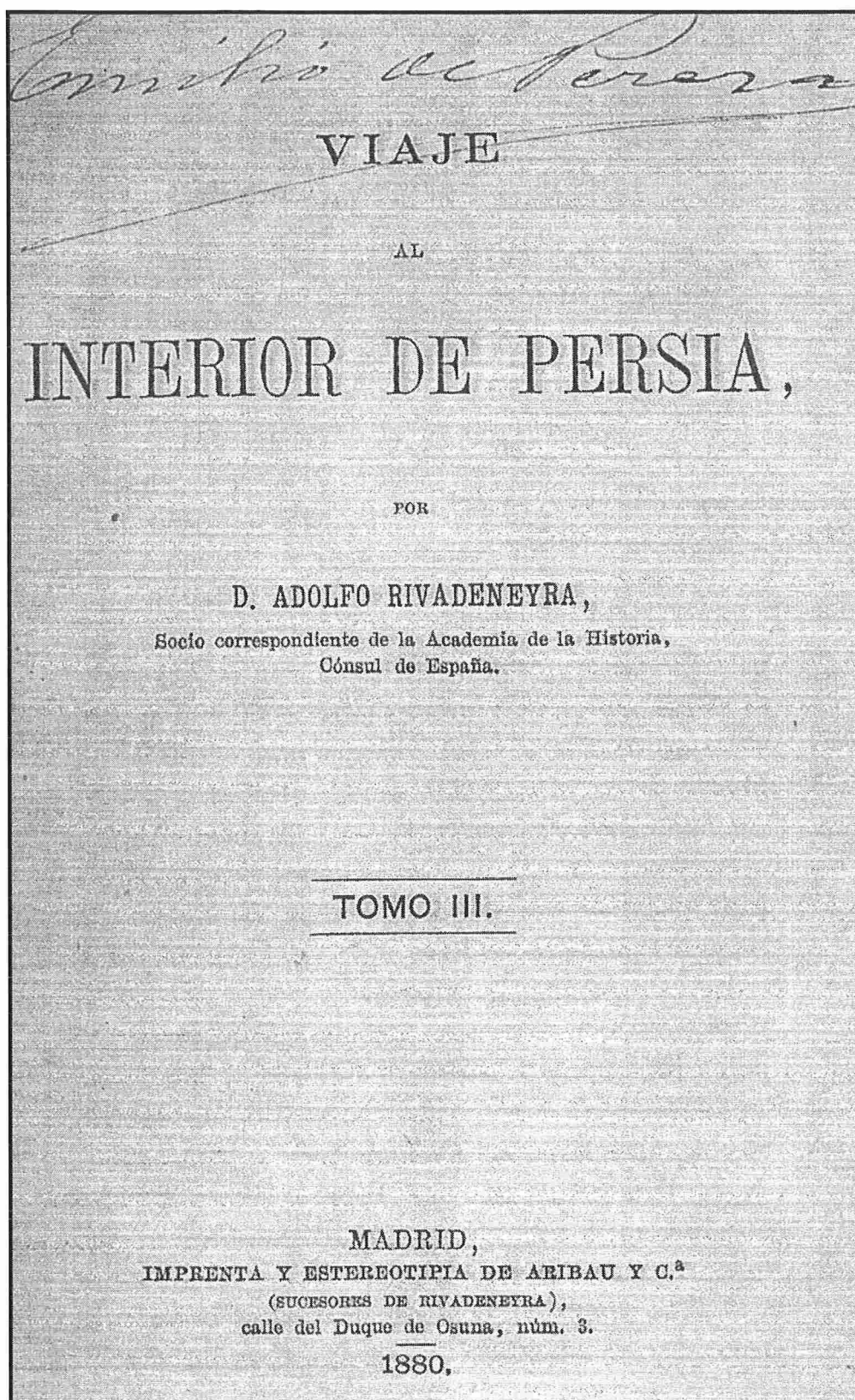


Fig. 5. Portada del tomo III del viaje al interior de Persia, de Adolfo Rivadeneira.

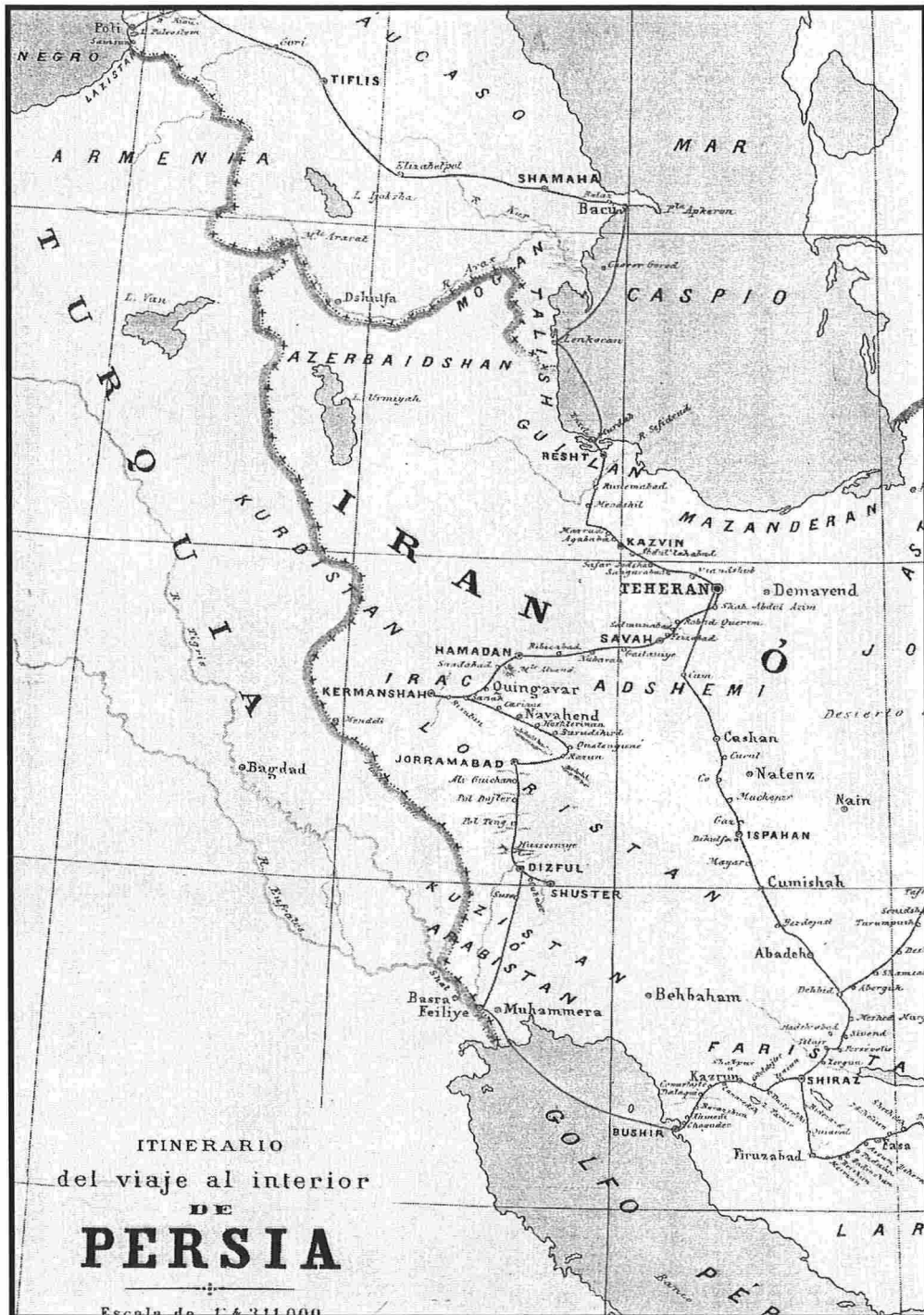


Fig. 6. Parte del mapa incluido en el tomo III, con el recorrido seguido por Adolfo Rivadeneyra en su viaje por Persia.